



Puntos de sus-
crpcion. Madrid.
Libreria de su E-
ditor don Ignacio
Boix calle de Car-
retas, núm. 8: Li-
breria Belga-fran-
cesa, calle de Pre-
ciados, núm. 2.

Las cartas y re-
clamaciones se di-
rigiran á la redac-
cion libreria de Boix,
franclas de porte.

Revista

DE

TEATROS.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA, SÁTIMA Y BELLAS ARTES.

Precios de suscri-
cion.

Madrid 8 rs. al
mes llevado á las ca-
sas; 44 por dos me-
ses; y 20 por tri-
mestre.

Idem de las pro-
vincias: 40 rs. al
mes; 46 por dos me-
ses; y 28 por trimes-
tre.

DISCURSO TERCERO.

SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL,

*pronunciado por el EXCMO. SR. D. JAVIER DE
BURGOS, en el Liceo de Granada, el vier-
nes 16 de Abril.*

CONCLUSION.

Si, señores, la literatura griega fué la expresion del estado de la sociedad griega. Pindaro, elevando al cielo los vencedores de los juegos Olímpicos, expresaba en efecto el entusiasmo que inspiraban á sus compatriotas, ya la destreza ó la pujanza manifestadas en los ejercicios gimnásticos, ya la elevacion del ingenio, de cuyas producciones se hacía igualmente alarde en aquel espectáculo nacional. Alceo, exhalando en versos magníficos su odio contra los tiranos. Demóstenes lanzando contra un rey desde la tribuna popular sus cáusticas y elocuentes filípicas, rendian homenaje solemne al régimen político bajo que vivian. Rendialo Sófocles á las creencias religiosas, presentando en el teatro á Edipo, como victima condenada por el inapenable fallo del destino. Rendialo en fin Aristófanes á las costumbres de su siglo, halagando las pasiones de un pueblo suspicaz, movedido y turbulento, que en el teatro gustaba de que se calumniase á Sócrates, y en las asambleas populares condenaba á Aristides al ostracismo.

La literatura francesa durante el largo reinado de Luis XIV, la italiana durante la larga influencia de los Médicis, la española durante la dominacion de la dinastía austriaca, tenían asimismo un carácter propio ó peculiar de la época y del país. En Francia Fenelon procuraba formar príncipes, mientras Moliere combatía hipócritas, porque los hipócritas abundaban tanto entonces, como era de temer

que escaseasen los buenos príncipes. En Italia Taso ensalzaba la religion de su país, inmortalizando á los paladines que habian ido á rescatarla en los lugares mismos que guardaban el sepulcro de su divino autor. En España fray Luis de Leon cantaba en versos suaves los prodigios y los beneficios de aquella religion misma en cuya defensa desenvainara su gloriosa espada el héroe de Lepanto, ensalzado á la par por Fernando de Herrera. La literatura francesa, italiana y española fué, en las épocas que recuerdo, la expresion de su estado social respectivo, porque aquellas sociedades obedecian á un impulso regular, estaban sometidas á las mismas leyes, profesaban las mismas creencias, é infiltradas unas y otras en las costumbres, se habian convertido en hábitos uniformes, de cuya influencia no podia eximirse ninguno de los asociados. ¿No era necesario que de esta influencia misma se resintiese la literatura, y que en tal situacion fuese ella la expresion del estado social?

Pero cuando las bases sociales se conmueven ó se desquician; cuando la sociedad, alterando sus leyes, resfriando sus creencias, rompiendo el lazo de sus viejos hábitos, se adanona á impulsos excéntricos, accidentales, contradictorios, es un caos la sociedad, y la literatura no puede ser su expresion, porque no tiene expresion el caos. Revolviéndose ella en un vacío inmenso, vaga á la verdad sin direccion, y parece arrastrada por el torbellino que envuelve ó arrastra á la sociedad misma; pero ni aun así, es la expresion del estado de tal ó tal sociedad desquiciada, sino de toda sociedad á quien trabaje el mismo desorden; es la expresion general del desconcierto, no la del desconcierto de un determinado país. ¿Representan acaso los dramas de Victor Hugo ó de Alejandro Dumas el estado de la sociedad francesa? No seguramente: arguyen tan solo que en Francia hubo una revolucion política, por

consecuencia de la cual, se conmovieron ó desquiciaron también las creencias literarias. En la marcha política se restableció el orden, porque sin él ninguna sociedad puede vivir; en la literatura, y sobre todo en la dramática, no se restableció aun, porque ni hay interés en dictar leyes sobre esta materia, puesto que el orden político es compatible con el desorden literario; ni este puede corregirse por otros medios, que por la acción lenta del tiempo, y los igualmente lentos progresos de la razón pública. Entretanto el teatro francés de Hugo y de Dumas no solo no es la expresión del estado de la sociedad francesa, sino de ninguna sociedad europea, y acaso de ninguna sociedad posible; y pasmaría que muchos de nuestros autores procurasen imitar á aquellos extranjeros, si del desconcierto producido por los trastornos políticos, no fuese el desconcierto literario una consecuencia casi inevitable.

De estas consideraciones me parece resultar que proceden con error los que para justificar las aberraciones actuales de nuestro teatro, alegan la necesidad de que él represente el nuevo estado de nuestra sociedad. No, él no representa mas el de la nuestra que el de Hugo y Dumas el de la francesa. Porque el primero de estos dramáticos calumnió á Carlos V en *Hernani*, y á Ana de Austria en *Rui Blas*, y el segundo á Margarita de Borgoña en *La torre de Nesle*, se creyó que los autores españoles debían calumniar á sus mas grandes príncipes, y presentar en el teatro como hechos auténticos las imposturas vomitadas contra alguno de ellos por los luteranos holandeses y flamencos, á quienes la política de su siglo le obligó á perseguir. Porque las citadas composiciones, y otras igualmente monstruosas, fueron encomiadas en una ciudad estrangera, que entre su millon de habitantes cuenta cien mil perdidos, prontos á aplaudir todo lo que contribuya á desorganizar, se han traducido aquí esos dramas, en que á pretexto de expresión de la sociedad, ó de retrato de las costumbres de la época, se da casi diariamente á la ya harto desventurada España, el espectáculo del vicio seduciendo, del crimen incitando, de la inmoralidad corrompiendo el corazón, del mal gusto estraviando la fantasía. Adúlteros, asesinos, ladrones, jugadores, desalmados, son frecuentemente los protagonistas de estas piezas, de que el pudor retrae á las personas morigeradas, y la razón aleja á los que se acostumbran á cultivarla. Así, el teatro se ha hecho una escuela de perversidad, de corrupción, de escepticismo, y de detestable gusto literario por añadidura.

«Pero (quizá replicará alguno,) ¿qué otra cosa fué el ponderado teatro de la antigua Grecia? Sin hablar de las atrocidades de los atreos y de los tiestes, ¿quien no recuerda al poderoso Agamenon espirando bajo el pañal

dei adúltero galau de su esposa; á esta inmolada despues por su propio hijo á los manes sangrientos de su padre ultrajado; á Fedra, ardiendo en llama de un amor incestuoso; á Edipo, bañado en la sangre de su padre, y ocupando despues su lugar en el tálamo de su madre viuda?» «A los que este argumento hiciesen, yo responderia que en el teatro griego llevaban aquellos crímenes, en su tremendo é inmediato castigo, la corrección y el escarmiento. Egisto y Clitemnestra espían sus maldades á manos del hijo de su víctima. Orestes, lavando en la sangre de su madre los atentados cometidos por ella, no es sino el instrumento del castigo que les reservaba el cielo. El teatro griego realiza aun la moralidad de este castigo, presentado á su inocente instrumento, acosado de remordimientos horribles, ó lo que en el lenguaje habitualmente alegórico de aquel país, era lo mismo, devorado por las furias. Edipo expía por la pobreza y por la proscripción crímenes, que por involuntarios, no merecerían hoy tan atroz pena, y acaso no merecerían ninguna. Así, los poetas griegos imprimían por la instantánea y terrible expiación del crimen, un terror salvable, que envolvía una alta lección de moralidad: y de un teatro semejante se pudo decir con razón que era una escuela de costumbres.

Lo mismo hasta cierto punto se puede decir de nuestro teatro antiguo, en que las creencias políticas y religiosas, las tradiciones de la gloria nacional, y aun las preocupaciones y los errores del país, se retrataban siempre con admirable exactitud. En las comedias de capa y espada creyeron algunos descubrir, ademas de monotonía en la casi uniforme repetición de los lances, gérmenes de corrupción en los galanteos, los escondites y las pendeñcias de sus enamorados. Pero buenos ó malos, aquellos usos hacían parte de las costumbres de la época, y escuela de costumbres son las obras que los retratan. En *El señorito mimado* y *la señorita mal criada*, retrató asimismo Iriarte usos nuevos que en su tiempo se introdujeron en la educación. En varios pasajes de sus comedias hizo también Moratin picantes alusiones á aquellos de nuestros usos que caen bajo la jurisdicción del poeta cómico; y comedias de costumbres se llamaron por eso aquellas y las que presentaban igual carácter.

Pero, ¿qué usos retratan, qué costumbres representan las composiciones dramáticas, que hace siete ú ocho años empezaron á invadir, y despues han invadido completamente nuestro teatro? de la sociedad en que las costumbres fuesen las que, salva una ú otra escepcion, aparecen en tales dramas seria menester huir como de un lugarapestado, y como de un lugarapestado se huirá sin duda del teatro, por poco que los poetas continúen amasando sus

piezas con la levadura del crimen impune. «Frecuentes son en la sociedad, se dice, los crímenes que los dramáticos modernos presentan en escena.» En buen hora responderé yo; pero para cometer algunos, y especialmente para abandonarse á los amores vedados, que manchan la honra y turban la paz de las familias, se toman en el mundo precauciones, que no emplean los autores de las piezas de que hablo. En el mundo la adúltera que conserva un resto de pudor, se recata de sus amigos, de sus conocidos, de sus criados, de todos en fin los que pudieran echarle en cara su infamia, mientras que en el teatro la revela ella sin miedo, y la confía sin rebozo á centenares de espectadores, á los cuales familiariza así con todas las interioridades del crimen. Aquí deshonra una á su marido; y recibe de él en recompensa la mitad de sus bienes. Allí una reina provoca en su lecho las incestuosas caricias de sus hijos, y una vez gozadas, los hace arrojar á un río despues. Allá la hija de un papa... pero detengámonos señores, yo no me siento con fuerzas para continuar. Los miramientos que se deben á los contemporáneos, me impiden, hablando del teatro actual, entrar en las particularidades á que descendí hablando del antiguo, y aun me retraen de hablar de Martínez de la Rosa, Zorrilla y otros, de que acaso porque no incurrieron en los vicios que denuncio, son menos representadas las composiciones. Obligado por esta consideracion á detenerme aquí, concluiré deseando que hombres capaces y bien inspirados saquen nuestro teatro del lodazal en que se halla sumido; pero añadiré que no se debe esperar que esto suceda, mientras no recobre su nivel la sociedad y su imperio las costumbres. Cuando el orden se restablezca, no será indispensable para constituir un nuevo teatro, buscar preceptos en Aristóteles ni en Horacio, pero será conveniente buscar inspiraciones en Moreto y en Calderón. Entonces no se sacará á la escena todo lo que pasa en el mundo, sino «lo que puede enseñar ó divertir, ó divertir y enseñar al mismo tiempo.» Espectáculos que no enseñen ó no diviertan serán siempre detestables, pero serán execrables además los que perviertan y desmoralicen.

Cuentos del Generalife

6

EL COLLAR DE PERLAS.

III.

Cuenta la historia que el Sultan quiso presidir por sí mismo el cónclave aquel de sabiduría, y aquel diván de inteligencia médica, y que sufrió los ratos de mas bostezante fastidio que imaginarse pueden. Un wazir, profundo estadista, aseguraba que aquella catás-

trofe estaba preparada por los enemigos, y que así era preciso desterrar á todos los desafectos de la dinastía Nacerita; otro wazir todavía mas sagaz añadía que suponiendo este horrendo plan, el cual era patente como la luz del día, debiera deducirse que los cristianos eran los autores de la trama, como enemigos jurados de la gloria de la casa reinante, y que debieran ponerse todos en tormento para que declarasen la verdad. Otro menos profundo y amigo de explicar las cosas por lo natural y fácil, contradijo á sus compañeros, y probó lindamente en un discurso de dos horas y media, que la tragedia la habia motivado sin duda alguna, la presencia de algun tremendo saltador que burlando la vigilancia de las guardias y venciendo los obstáculos que cercaban la real estancia y sus jardines, habia venido á despojar á la sultana del inestimable collar que llevaba en la garganta. ¿Cómo explicar de otro modo, decia ufano el parlante, el robo de esta joya? Unos conjurados no piensan en robar, ¿qué tienen que ver, (aquí alzaba la voz vanaglorioso con la distincion) los delitos comunes con los políticos? Patarata, replicó un entendido naturalista desde los escaños de los *taalebs* ó núdicos, en donde estaba sentado, hechas sus piernas tres dobleces. Tal caso debe explicarse por causas naturales enteramente. ¿A qué acudir á móviles ridículos por lejanos, si el misterio por sí mismo se revela? El magnifico cuanto peregrino espectáculo que ha herido la imaginacion aun infántil de nuestra linda y tierna Sultana; (salvela Alah) ¿no será explicacion bastante para este desmayo ó parassismo? ¿pues estos sentimientos llevados al último punto por el placer de verse la noble esposa del mas guerrero, generoso y amable de los Sultanes; (y aquí añadía el orador una cáfila de alabanzas y epitetos, por supuesto sin mezcla de lisonja médica) no es suficiente motivo para tal arrobamiento? Roguemos al Cielo por el contrario que tanta gloria no anonade y absorba la luz de vida de ese frágil corazon. Otros veinte picos de oro dijeron cosas muy buenas, diversas todas las unas de las otras, sin haber disparate que no tuviese defensor, ni extravagancia que no se encomiase llevándola á los cuernos de la luna. Ya el Sultan desespado á fuerza de hastio revolvía en su mente el saludable proyecto de degollar con su propio alfanje tres ó cuatro de aquellos ruiñeñores sapientes, erigiéndolos de entre los mas floridos y locuaces en su parla, cuando el famoso Abantomoz, que habia sido 10 años alfajeme, otros tantos boticario, siempre viajando y hervolizando, algunas veces matando y jamás curando, y que habia concluido por ser tan entendido médico, como consejero profundo, dió señales de hablar. Todos callaron, y el Sultan dejando para mejor lugar y ocasion su resolucion piadosa, se volvió hácia el meslez ó asiento

del sapientísimo médico, y oyó que este con voz chirriadora y cascada dijo. No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta. *La Sultana* Hiala está afectada de una *catalexis*. Al menos, dijo el Sultan, este necio no nos ha quebrado la cabeza. ¡*Catalexis*!.... Los cortesanos se enamoraron del nombre de la enfermedad, y todos se decían, la *Sultana tiene una catalexis*. Todo el mundo se llenó de gozo al ver descifrado el enigma y de los cortesanos á los esclavos, y de estos á las guardias, y del Sultan á la madre, y de esta á las esclavas, y de las mugeres del Harem á otras mugeres, bajó rodando de boca en boca desde la Alhambra á Granada el mismo nombre de la enfermedad. ¡*Catalexis*! El júbilo por tan dichoso hallazgo, infundió el deseo de celebrarlo con todas veras y estrépito, y así á los pocos instantes se escuchaban do quier en la algazara mas bulliciosa del mundo, los gritos regocijados, los acentos de los vivas, y los ecos de los instrumentos. La palabra *Catalexis* se oía de cuando en cuando como tema de aquella alborotada sinfonía y servía de incentivo para avivar el estruendo y la algazara. ¿Y qué es la *catalexis*? dijo una voz de trueno al Sultan al ver pavonearse de vanagloria al inventor de la palabra, y que con ella quedaban las cosas como antes y la Sultana tan enagenada y en peligrosa situación. A esta pregunta, y sobre todo al tono con que fué pronunciada, todos cayeron en la cuenta que una palabra no es mas que una palabra, y se volvieron irritados y con vista airada al mismo Aben-Jomiz, que del cenit de su vanidad vino de cabeza al valle de lágrimas de la humildad. Qué que es la *catalexis*, pregunta el Sultan, le dijeron.... Las cosas en tal punto, veos que aparece en la estancia Abu-el-Casin, capitan de la guardia africana, y prosternándose diez veces ante el Sultan, y tocando otras tantas la tierra con su frente, dijo: Príncipe de los creyentes, un loco que dias ha vaga cantando y danzando por la ciudad, habrá una hora que en medio del estupor que ha causado la nueva de la catástrofe de la Sultana y del alboroto que ha movido el descubrimiento de su enfermedad púsose de nuevo á bailar en el Zue de los berrimerines y en voz clara cantaba:

A la Sultana
Nadie la cura
Sino es el Rey
De la locura.

Y tu siervo al oír esto por si es blasfemia ó delito que merezca la muerte ó falta que se purgue con la lengua cortada ú otra semejante leve concesion lo he preso... Y quien es ese loco dijo el Sultan. Es, respondió el capitan, Afmed-Ali-Ocnar-ben-abas-ben-oli-ben-Yahic-ben-Zatrin-el-Cubdi-el-Smercandi... Por

el profeta, dijo el Sultan empuñando su alfange que al primero que me asorde los oídos con esas taifas de nombres que atañen y tocan solo á uno de mis esclavos, que le envíe la cabeza de un tajo á la punta nevada del Belet. El capitan cesando cueradamente en su amplificación y exactitud genealógicas, y besando otra vez la tierra, dijo: Príncipe de los creyentes... el loco es Afmed-el-Baya.--Ya lo conozco replicó el Sultan. Traédmele al punto. Oyendo y obedeciendo contestó Abu-el-Casin: y salió de la estancia, abriendo y cruzando los brazos y bajando la cabeza.

De allí á un instante cayó en medio del concurso un morillo mal andante en sus vestidos, aunque no de traza desagradable, y que llevándose con ahinco una su mano á cierta su oreja, daba á entender claramente ser aquella el asa por donde lo habian empuñado, para transportarlo, la suavidad jurídica-militar del capitan Abu-el-Casin.

¿Qué era lo que cantabas en el Zue de los benemarines? le dijo el Sultan, y el loco siempre con su oreja entre sus manos y comenzando á bailar con el mayor desenfado cantó

A la Sultana
Nadie la cura
Sino es el Rey
De la locura.

Pues tu debes de ser, dijo Mohamad, el médico infalible de mi esposa: nadie puede haber mas loco que tu; en tres dias has roto cinco mil platos y escudillas; has hecho rodar por el suelo seis mil jarras y otros cachivaches de la Rambla, y has llevado todos los chicos del Albaycin á machacar esparto sobre las cargas de porcelana y cristal de los mercaderes genoveses de la Albaycira. Se necesita todo el respeto que profesamos á los llenos del espíritu de Dios para que no te hayamos empalado. Afmed sin dejar su baile ni soltar su oreja prosiguió cantando así:

Grados diversos
Ha la locura
Ser Rey en ella
Fortuna es mucha
Aprendiz solo
Soy.....

Déjate de esa versa y canturia fastidiosa, prorrumpió encolerizado el Sultan, y responde por lo natural y llano á mis preguntas, porque sino vive el cielo que te saque enredada en la punta de mi espada gran parte de tus dislates y locuras.

El-Bayer al halago de tal insinuación dió una cabriola en el aire y sacando los pies hácia adelante se dejó caer verticalmente sobre sus nalgas, bajando y doblando al propio tiempo su ca-

beza hasta injertarla entre sus muslos; pero con tal arte que ponía duda, si en su reverencia y salutación había mas burla que respecto al Príncipe de los creyentes, dijo el demente, yo soy un loco principiante, y como aprendiz no puedo dar en el hito del arcano de la Sultana; pero con un guijarro en la mano, y poniéndome á ochenta pasos la frente de uno de estos sabios, te la abriré perfectamente si es que allí presumes hallar y leer... Canalla, replicó el Sultan, no has entendido que por encontrar vacías esas frentes, acudo en apelacion á tu locura. ¿Hay otro mas loco que tu? Poderoso Mahomad, dijo el-Bayer, lo hay en Granada y ese podrá acaso satisfacer tu curiosidad. ¿Donde se halla esa perla peregrina? dijo el Sultan: en los subterráneos de la Alcazaba, replicó el aprendiz de la locura, y al decir esto levantándose como una pulga del pavimento de la estancia, dando otra cabriola, haciéndole una higa al Sultan, y dando cuatro papiros á los mas graves del cónclave ó divan, se deslizó por entre las guardias, repitiendo siempre

A la Sultana

Nadie la cura

Si no es el Rey

De la locura.

Dejadlo ir, dijo el Sultan y tu agradable, Abu-el-Casin, vuela á la Alcazaba y registra el último agujero de sus murallas y subterráneos hasta dar con ese loco recomendado por el otro loco. Oyendo y obedeciendo respondió el capitán de la guardia, y desapareció abriendo y cerrando los brazos y bajando la cabeza.

Entretanto los sábios, consejeros, wazires y tralibs, reunidos en el divan se decían en voz baja unos á otros. ¿Qué diablos quiere el Sultan! Mas loco debe él estar ya, que no el oráculo que busca: si se muere la Sultana, la juventud y belleza de cien ciudades de aquende y allende el mar le brindarán con otras mil bellidades, y si la Sultana vive, tanto mejor, si la posee muda y convertida en estatua. Esto será poseer una mariposa en estado de crisalida... tanto mejor poseer la belleza sin alas. Al propio tiempo venían nuncios y embajadores desde los aposentos de las Sultanas, siempre con las tristes nuevas de que Hiala permanecía en su misma enagenada situación.

El Sultan en profunda meditacion se hallaba fantaseando sobre lo extraño de aquellas aventuras, reclinado en su *alfarir* ó sólio de púrpura, cuando apareció ante sus ojos el amable Abu-el-Casin, capitán de la guardia africana. ¿Amir-el-Mumenin, le dijo este, maravilla y mas maravillas! He encontrado al loco á quien el otro loco recomendó, y el loco recomendado es el loco mas incommensurable que hallarse puede. Es el inmenso pájaro Roc de la locura: es el mar mas insondable de los dis-

parates, este ó ninguno debe ser el Rey de la locura. ¿Que me place, dijo el Sultan! ¿y dónde está ese Rey tan deseado? ¿por qué no entra? que venga, traedme aquí, luego, al punto....

—Pues ved ahí el caso, dijo Abu-el-Casin.

—Habla, replicó el Sultan, y el capitán comenzó su relato de esta manera.

S. E. CALDERON.

REVISTA SEMANAL.

El Cardenal y el Judío.—*La segunda Celestina.*—*No mas muchachos.*—*El Pilluelo de Paris.*—*El rico hombre de Alcalá.*

Fácil es en verdad, conociendo las exigencias de la sociedad actual, sus necesidades y sus tendencias, sus hábitos y preocupaciones, fácil es satisfacerlas ó por lo menos no chocar con ellas abiertamente; por eso no adivinamos la razon que ha tenido el traductor, ó sea autor del *Cardenal* y el *Judío*, porque no es posible adivinar que cosa es, para presentar en escena una composicion de naturaleza tal que había de estar forzosamente en oposicion con los sentimientos del público. Ni ha sido bastante el sacudimiento que ha recibido en estos últimos tiempos la monarquía española, para arrancar añejas preocupaciones, ni en muchos años aun podrán borrarse las maximas que se aprendieron en la niñez, alimentadas con la educacion, religiosamente cuidadas en el día merced á los desengaños que á todas horas vienen á poner en claro la tendencia de ciertas doctrinas, y de prematuras y poco meditadas reformas. Esta sola reflexion debió presentar bastante fuerza al autor ó traductor del *Cardenal y el Judío*, para detenerle en su carrera, á no ser que en la fuerza y en el calor de sus inspiraciones soñase con un triunfo arrancado al menos por el interés de las situaciones del drama, por la viveza y novedad de los caracteres, por la animacion y atrevimiento de un diálogo apasionado y brillante. Nosotros sin embargo hubiéramos tenido mas cuidado y mesura en este punto: pero bien es que nosotros creemos, y el traductor ó autor del drama lo cree tambien, pues conocemos sus sentimientos, que la religion debe ocupar su sitio, y que el sitio de la religion no es el teatro. La religion que es el primer elemento de orden en toda sociedad bien organizada, es por lo mismo la cosa que mas debe respetarse. De paz y de mansedumbre es la religion del Crucificado, no recordamos aquellos tiempos en que las llamas servian de argumento para propagar el dogma del catolicismo. Lo menos que de esto pueda resultar, es un gran mal: sembrar la duda en el corazon del que no la tiene y quitar el inmenso prestigio de esa eterna ver-

dad por la que tantos hombres desde las comodidades y placeres de la vida, se han entregado con júbilo á las angustias y tormentos de los mártires.

El *Cardenal* y el *Judío*, es un drama tomado de una ópera de *Scribe* segun el cartel, y á juzgar por la portada impresa que al frente de la obra hemos leído, es original de un escritor conocido en esta corte. Y hé aquí la razon porque hemos dicho antes, traductor ó autor; y henos á nosotros de consiguiente perplejos en el giro que hemos de dar á nuestro análisis, por no saber á qué atenernos. Parecenos pues oportuno en esta situacion tan singular, tomar de cada uno un poco y desempeñar como Dios nos dé á entender nuestra obligacion de imparciales periodistas.

Conocemos el libretto de *Scribe* y creemos que de su argumento puede hacerse un drama excelente: vemos en él una situacion violenta, firme, poderosa, magnifica que bien preparada y desenvuelta con habilidad, fijaría la atencion del público, conmoviera, arrancaría lágrimas á todos: vemos en el *Judío* *Eleazar* el boceto de una creacion: y vemos en el *Cardenal* el eje de toda una fábula interesante y complicada. Pero el autor ó traductor se ha contentado con hacer algunas modificaciones al libretto francés, desconfiado sin duda de sus fuerzas para la realizacion de lo mismo que á su imaginacion se presentaba. El *Cardenal* y el *Judío* á juzgar por lo que es y no por lo que pudiera ser, es un drama escaso de interés, y lánguiemente conducido. No hay un carácter marcado, no hay una palabra, un hecho, una sospecha siquiera que pueda justificar la violencia de ciertas pasiones. Y de buena gana preguntáramos aquí al traductor ó autor del *Cardenal* y el *Judío*, en qué sitio, á qué hora, de qué modo nacieron los amores del *Príncipe Leopoldo* con *Raquel*, cuando al empezar el drama se celebran los triunfos militares del emperador. ¿Qué sacrificios hizo para conseguir el amor de aquella infeliz judía? Si hubo tales sacrificios, el público es acreedor á saberlo para disculpar su liviandad y tomar un interés vivo en la suerte de aquella pobre muger abandonada cobardemente á la severidad de las leyes, por el mismo que la deshonor: sino los hubo, fuerza es confesar que el público tiene razon en tachar de poco interesante la accion, de algo descosidos y nada justificados los sucesos que tienen lugar durante su completo desarrollo. Ni es menos inverosímil ciertamente el poder supremo que ejerce el Cardenal, llevándola hasta el punto de prender al *Príncipe Leopoldo*, sin consideraciones á su alta dignidad, sin miramiento á las narraciones históricas de aquellos tiempos, que prueban y no dejan duda de la poderosa influencia que ejercia en las deliberaciones del concilio, y en cada uno de los miembros que le componian, el em-

perador *Sigismundo*: dígalos sino *Juan XXIII* que pasó desde la silla pontificia que ocupaba á las cárceles de *Heirdelberg*, si la memoria no nos engaña, para morir despues de decano del sacro romano imperio, en Florencia, en el palacio de los Médicis.

Hemos dicho antes y repetimos ahora que *Eleazar* pudiera ser una creacion eminentemente dramática: severo, enérgico, fanático, *Eleazar* ha debido ser el alma de la composicion y servir de contraste á los sentimientos pacíficos y evangélicos del Presidente del concilio segun el traductor ó autor, cosa no muy en armonia por cierto con lo que refiere la historia eclesiástica de *Ducieux*. Tal vez en esto padezcamos tambien alguna equivocacion. Pero ya que nada de esto es, ¿por qué no dar un motivo, una razon siquiera que justifique el hecho de que guardase en su poder á la hija del poderoso romano? De estas cosas abundan en el drama y estas y otras tuvieron la culpa de que el público le recibiese con desagrado.

Si los límites de nuestro periódico nos lo permitiesen analizáramos con mas detenimiento esta novedad teatral, y espusiéramos nuestras opiniones sobre este género de literatura á que tan apasionados se muestran los traductores de nuestros dias. Pero ya que esto no hagamos, si les advertiremos, que el público desea otra cosa que no es el *Honor español*, ni el *Cardenal* y el *Judío*.

El lenguaje es bueno: sentimos no poder tributar mas elogios á nuestro amigo don J. de la C. T.

Lo ejecucion ha sido excelente: las dos hermanas *Lamadrid*, no han desmerecido, sino ganado en el aprecio del público: de poco interés el papel de la princesa *Eudoxia*, *Teodora* ha llamado sin embargo la atencion en el por la elegancia, riqueza y exactitud de su traje, y su hermana en el de *Raquel*, si bien le ha desempeñado con habilidad y desembarazo, puede repetir aquellos versos de *Arriaza*.

«Mi rabia enfreno,
que en mala situacion no hay actor bueno.»

Los señores *Lopez*, *Alverá*, *Monreal*, *Torroba*, *Pizarroso* y *Lumbreras*, han complacido al público por la naturalidad é inteligencia que han desplegado en la representacion del *Cardenal* y el *Judío*: los últimos sobre todo tienen el mérito de haber aceptado en esta ocasion obligaciones no contraidas. ¡Ojalá sea este ejemplar fecundo en resultados, que en ello ganarán el buen nombre de la compañía y el servicio de la escena!

El señor *Latorre* debe estar sumamente satisfecho, sino del éxito del drama, de la manera con que se ha puesto en escena. Nada decimos al señor *Latorre* del desempeño personal, porque sería repetir lo que el público

inteligente dice: «el señor *Latorre* es el primer actor de nuestro teatro. En el *Cardenal* y el *Judío* nos ha demostrado además que el teatro español tiene en él un excelente director.

El público aplaudió las tres decoraciones pintadas al intento por el señor *Aranda*. Llamó sobre todo la atención la cruz de la primera, y la transparencia del Cielo en la segunda. El señor *Aranda* debe estar muy satisfecho de su obra y nosotros nos complacemos en recompensar sus trabajos con nuestros pobres elogios.

El drama ha sido decorado con lujo y propiedad.

La Segunda Celestina.—Esta comedia que de suyo es bulliciosa y entretenida, no ha presentado otra novedad que la buena ejecución de la señora *Llorente*. Desde el *Honor Español* notamos cierta frialdad en el teatro del *Príncipe*, que no aplaudimos ciertamente. No porque hayan venido á tierra algunas esperanzas y cálculos bien meditados, ha de sustituir á la diligencia y actividad, el mas profundo abatimiento.

El Rico Hombre de Alcalá.—Aplaudimos el pensamiento de ver en nuestra escena de vez en cuando, alguna de esas producciones de los mas esclarecidos ingenios españoles: y agradecemos el buen rato que nos dió la empresa con la representación del *Rico Hombre de Alcalá*. El público aplaudió la ejecución, la comedia, los pensamientos de sus diálogos, los principios en ellos asentados: el público tiene una necesidad que satisfacer y que no es la independencia y el desenfreno: es otra cosa. El señor *Mate* vistió con propiedad y desempeñó con esmero el papel del rey don Pedro, y por iguales razones merece alabanzas el señor *Monreal*, encargado del don *Tello Garcia*. Los demas actores contribuyeron mucho á la armonía del conjunto y al buen resultado en general.

No mas muchachos, *El Pilluelo de París*. Esta fué la función ejecutada en presencia de S. M. la Reina doña *Isabel II*, en la noche del domingo último. Esmeráronse los actores como siempre, aunque nos pareció notar mas empeño en que todo fuese digno de la augusta y régia huérfana que honraba con su presencia el teatro nacional. La señora *Juana Perez* estuvo admirable en *No mas muchachos*, y nos dió una prueba mas de que solo á tan agraciada actriz es posible desempeñar esta clase de papeles. Bien puede la señora *Perez* desafiar á sus rivales y traerlas á ese terreno, de gracia, de ligereza, de travesura dramática digamoslo así, que su triunfo es seguro, por mas que hayan querido ó pretendan disputárselo.

S. M. estuvo muy complacida durante el espectáculo: *El Sr. Duque de la Victoria*, la excelentísima señora condesa de *Corres*, marquesa viuda de *Santa Cruz*, el conde de *Santa*

Coloma, y el marqués de *Malpica* acompañaban á S. M.

J. M. D.

VARIEDADES.

El día 3 era el día señalado para la solemne sesión de la Academia francesa para recibir en su seno como uno de sus miembros al célebre *Victor Hugo*. Numerosa y escogida fué la concurrencia que acudió á presenciar el acto; muchas personas de la alta sociedad habian diferido con este objeto su marcha á las casas de campo, á pesar de lo hermoso del tiempo que á ello estaba convidando.

Veíase en la asamblea al lado del vizconde de *Lonnay*, al sábio baron de *Humboldt*, recién llegado de *Berlin*: al lado del conde *Mole* al vizconde de *Chateaubriand*; al lado de *M. Dupin*, mayor, á los señores *Etienne*, *Thiers*, *Dupaty*, *Villamain*, *Guizot*, &c., en una palabra, allí estaban todas las glorias y grandes talentos de nuestra época, con todas sus rivalidades políticas; pero en aquel recinto unidos y sossegados en el pacífico santuario de las letras.

Asistian además á la sesión S. A. R. el duque de *Orleans* y la duquesa su esposa, la princesa *Clementina* y la duquesa de *Nemours*.

A las dos de la tarde *M. Lebrun*, presidente y director de la academia, abrió la sesión y dió la palabra á *M. Victor Hugo*, quien pronunció un larguísimo y brillante discurso en el cual desplegó gran caudal de erudición, haciendo la apología de la escuela literaria de la cual puede llamársele el fundador y caudillo.

Contestole en otro discurso no menos notable, *M. de Salvandy*, quien trató de defender las buenas doctrinas que la academia ha prohibido, y que son las que deben arraigar y extender el imperio de la literatura.

Terminó la sesión el Presidente con un pequeño discurso, que mereció tambien los mayores aplausos.

ALTERNATIVA.

Con impetu movida
La planta violenta
En senda no atajada
Vagamos sin cesar,
Como animada imagen
Que imita y representa
El flujo y el reflujo
Del agua de la mar.

En círculos concéntricos
Que el hado multiplica
En su arbitrario antojo
Rompiéndolos después
La senda de la vida
Sus hilos ramifica,
Pero de todos ellos
El centro morir es:

Y no bien de la muerte
 Pisando los lugares
 Despiéñanse los seres
 Al caos sin accion,
 Brotando de su seno
 Las vidas á millares
 El universo pueblan
 En horrible turbion.

Tejido milagroso,
 Magnifico y valiente.
 Donde sumiso al yugo
 Del célico poder,
 Solo logra el creado,
 Cual Fenix impotente,
 Nacer para la muerte,
 Morir para nacer.

Asi el pomposo rio
 Que de hondos manantiales
 Con el tributo múltiple
 Su cauce relleno,
 Al rayo del estio
 Disueltos sus raudales
 En húmedos vapores
 Sus aguas disipó;

Pero deshechas luego
 Del sol al dardo de oro
 Las nubes que absorvieron
 Su pródigo caudal,
 Le vuelven aumentado
 Su líquido tesoro,
 Y el seno otra vez riega
 Del prado floreal.

Salud, suprema Esencia,
 Que confortaste sola
 El vientre de Maria
 Y el brazo de Judith;
 Serpiente sacrosanta
 Mordiéndose la cola
 Misterioso triángulo
 Suspenseo del cenit;

Tú sola hacer pudiste
 Que en sucesion inerte
 Dependan amarradas
 Con fiel tenacidad
 La muerte de la vida,
 La vida de la muerte,
 Y de esta alternativa
 Nacer la eternidad.

EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

MADRID 13 DE JUNIO.

La empresa de la Cruz incansable en su tarea de mejorar en lo posible el teatro, bajo su direccion, ha soltado últimamente una prenda que el público ha recogido para no devolverla ya. El lujo y la propiedad que ha desplegado en los vestuarios del *Cardenal* y el *Judio*, los numerosos comparsas que ha puesto á disposicion del señor *Latorre*, la belleza de las decoraciones pintadas por el señor *Aranda* es verdad, pero autorizadas por la empresa sin

IMPRENTA DE D.

reparar en gastos pecuniarios, y todo esto para poner en escena un drama de escaso mérito, hacen esperar á los amantes de la literatura dramática que para la ejecucion de composiciones de mas importancia literaria, será la empresa tan generosa como ha sido. Nosotros que tenemos algunas noticias de sus planes podemos asegurar al público de Madrid, que no es un celo fingido, ni una actividad aparente lo que reina en el teatro de la Cruz: la empresa no descansa, y tiene tanto interés en el buen resultado de sus disposiciones, como que de esta depende su buena ó mala nombradía.

En el mes de julio empezarán las nuevas obras que van á hacerse al teatro de la Cruz: entretanto las compañías lírica y española trabajarán en el Circo.

Se han tomado ya las disposiciones para el ajuste de la nueva compañía de ópera. Las noticias que tenemos nos hacen esperar un buen resultado en este punto.

Hemos visto en un periódico de literatura publicado el nombre del autor de un drama, que será dentro de pocos dias representado. Creemos que no hay derecho para hacer esto, y que achacándolo solo á indiscrecion del periodista, puede perdonarse tan grave falta.

TEATRO DEL PRINCIPE.

Funcion extraordinaria para hoy domingo 15 de junio de 1844, á las 8 y media de la noche. 4.º Sinfonia á completa orquesta. 2.º Se volverá á poner en escena la muy aplaudida comedia en tres actos, arreglada al teatro español por don Ventura de la Vega, titulada:

LA SEGUNDA DAMA DUENDE.

S. M. la Reina DOÑA ISABEL II, honrará con su presencia la funcion de hoy; y habiendo manifestado deseos de ver la citada comedia, la empresa se ha apresurado á complacer á S. M.

La joven actriz doña Josefa Rizo tendrá el honor de presentarse por primera vez en el papel de doña Beatriz, confiada en la indulgencia del público. Por enfermedad de don Antonio Campos se ha encargado del papel del portero el actor don Lázaro Perez. 5.º La niña doña Petra Padilla, de edad de cinco años, bailará

EL JALEO DEL BAJELITO.

4.º Seguirá el gracioso sainete, titulado

LOS PARBULITOS.

en el que desempeñará el principal papel el primer gracioso don Antonio de Guzman. 3.º Terminará el espectáculo con la sinfonia característica, compuesta de bailes nacionales por el maestro Mercadante, y desempeñada por todas las parejas de la compañía.

TEATRO DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche. La última representacion por ahora del drama en cinco actos en prosa, traducido: EL CARDENAL Y EL JUDIO.

IGNACIO BOIX, EDITOR.